

( 4 Pliegos. )



**HISTORIA**  
**DE**  
**ABELARDO Y ELOISA,**  
**Y CARTAS AUTÉNTICAS EN VERSO**  
**DE ESTOS FIELES AMANTES.**



VALLADOLID. — 1842.  
Imprenta de D. Dámaso Santaren, portales de Espadería, núm. 9.

(1.º Edición)



HISTORIA

DE

ABRILARDO Y EMILIA

Y CUERPO MÚLTIPLES EN VERSO

DE ESTOS TIEMPOS ANTERIORES

VALLADOLID - 1852

Imprenta de D. Domingo Santarén, por calle de Espinosa, número 9.

**P**EDRO ABELARDO nació el año de 1079 en Palais, pueblo de Francia, en la provincia de Bretaña, de linage noble y distinguido. Su padre Berenguer, que habia sobresalido en la carrera de las armas, quiso dedicarle á ella; pero estorbólo su madre Lucía, por no atreverse á separarse de su lado. Habiéndose, pues, aplicado á las letras, fué en breve la admiracion de sus maestros y condiscípulos: aprendió las lenguas latina, griega y hebrea, y se hizo célebre orador, músico, filósofo, teólogo y jurisconsulto. El deseo de tratar á los mejores literatos le llevó á Paris contra la voluntad de sus padres, y entonces cedió á sus hermanos el mayorazgo, que como á primogénito le pertenecia.

La reputacion de que gozaba á la sazón Guillelmo Champeaux en aquella capital, hizo que ABELARDO se contase entre sus discípulos; pero la llegada de este jóven, cuya fama literaria se habia difundido ya por toda la Francia, eclipsó la gloria de aquel sábio teólogo, y excitó su indignacion. Aunque ABELARDO salió siempre triunfante de las persecuciones de su maestro y demas émulos, no quiso con todo permanecer en Paris, por no irritar mas y mas su furor; y así se fué á Melno, en donde solia residir la córte de Francia una parte del año. Allí se puso á enseñar filosofía, habiendo alcanzado permiso para erigir una cátedra; apesar de los muchos pasos que dió Champeaux para frustrarle sus pretensiones.

ABELARDO no tenia entonces mas que veinte y dos años, y era ya tanta su fama, que muchos estudiantes de Paris, y aun algunos discípulos de Champeaux vinieron á estudiar con él á Melno la filosofía; tal era su nombradía. Pero poco gozó ABELARDO de ella, porque de allí á poco cayó gravemente enfermo de resultas de lo mucho que se daba al estudio; y como estaba tan delicado, tuvo que suspender sus lecciones por dos años consecutivos, al cabo de los cuales volvió enteramente restablecido á Paris, en donde encontró las cosas muy mudadas, puesto que Champeaux se habia metido monge cisterreniense. Reconcilióse con él, pero poco duró esta reconciliacion.

Poco tiempo despues hicieron á ABELARDO canónigo de la catedral de Paris, y probablemente le hubieran hecho obispo si

hubiese permanecido de asiento en aquella capital; pero salió de ella con el fin de ver á sus padres, que ya algo ancianos habian abrazado la vida monástica, y deseaban con el mayor anhelo verle, principalmente su madre, que le instaba de continuo en sus cartas para que fuera á visitarla. Habiendo regresado á París, oyó hablar con entusiasmo de una señorita, sobrina de un canónigo de París, llamado Fulberto, la cual era un prodigio de talento y hermosura.

En efecto, ELOISA, que así se llamaba esta, acababa de cumplir diez y ocho años, y se hallaba instruida en la filosofía, en las lenguas latina, griega y hebrea; habia leído muchos historiadores y poetas, y conocia ya los mejores libros de su tiempo. Su talento perspicaz habia adelantado con la lectura pues sobre discernir el mérito de las obras que manejaba, sacaba de ellas la más acendrada filosofía que contenian.

Introdujose, pues, ABELARDO en casa de su tío, que era donde moraba, y desde aquella época fué cuando estas dos personas, bien conocidas en su siglo por las luces de su entendimiento y por la sensibilidad de su alma, se vieron y amaron con tal extremo, que desde los primeros días, cuando estaban á solas, ventilaban cual de ellas era más sensible; y habiéndose jurado mutuamente un amor eterno, tomaron las medidas para entregarse sin peligro á su pasión.

Hizo el amante que algunos amigos suyos propusieran al canónigo Fulberto que le diera cuarto en su casa, pagándole una pensión, y obligándose él por su parte á instruir á ELOISA, cuyo partido aceptó sin dudar el avaro eclesiástico, y aun tuvo la imprudencia de permitir al preceptor pasase solo con ELOISA las noches y los días. Los amantes se aprovecharon de esta libertad, y vivieron retirados y felices en los brazos del amor, tanto, que ABELARDO en una carta que escribió á su amigo Filinto, se espresa así: "En el retiro, mas nos ocupábamos en nuestro »recíproco ardor que en las cuestiones de filosofía, y mas nos »ocupábamos en espresar nuestro amor que en los axiomas que pro- »curábamos explicar; yo tenia mas á menudo la mano unida á la »de ELOISA que á los libros; y chanceándome de diferentes opi- »niones de la moral, hallaba en él la suprema felicidad." Mas este

comercio se hizo público, y Fulberto le descubrió por unas canciones que oyó cantar, de las que en fin adivinó el misterio, y echó á ABELARDO de su casa.

Entretanto se halló en cinta ELOISA, de lo que hizo sabedor á su amante, quien dispuso robarla, y la envió á casa de una de sus hermanas á Bretaña, suceso que llenó de dolor y cólera al canónigo. Para apaciguarle, prometió ABELARDO casarse con ELOISA; pero por exceso de un amor singular, queriendo esta ser mas bien la dama que la muger de ABELARDO, se resistió por mucho tiempo á ello, hasta que por repetidas instancias de su amante consintió en el matrimonio, que efectivamente se celebró en secreto, muy de mañana, y en presencia de pocos testigos, en una iglesia de París, precaviendo de este modo la pérdida del canonicato de ABELARDO; y aun para tenerlo mas en silencio, entró ELOISA, por consejo de su esposo, en el convento de Argenteuil, donde andaba con hábito de religiosa negando en la ocasion, hasta con juramento, que era su esposo ABELARDO. Antes de esto ELOISA habia dado á luz un niño que murió á poco de nacer.

Apesar de tantas precauciones, no fué posible engañar á Fulberto, quien formó, é hizo egecutar el horrible y afrentoso proyecto bien sabido, con el que el amante dejó de ser hombre. Unos malvados introducidos de noche en casa del infeliz ABELARDO, le cortaron los órganos de la generacion. Fulberto pagó el atentado con la confiscacion de sus bienes, y los egecutores fueron castigados con pena igual al delito que habian cometido.

No es posible espresar el dolor de ELOISA cuando supo esta terrible nueva. ABELARDO, curado de su herida, fué á ocultar su vergüenza en el claustro de San Dionisio, tomando el hábito de religioso, y persuadió á ELOISA á seguir su egeemplo. Esta, que no tenia otra voluntad que la de su amante, y que por otra parte le veia triste y acosado de celos, vino al instante en ello, y á los veinte y dos años se vió esposa sin marido, viuda antes de su muerte, madre sin hijos, religiosa sin vocacion, desconsolada sin apoyo y solitaria en medio del mundo, al que no dejaba de tener alguna aficion. Profesó tambien ABELARDO;



y no obstante las tramas y envidias de los monges de su monasterio, volvió á sus ejercicios escolásticos, y compuso varias obras, lo que le ocasionó varios enemigos y persecuciones, viéndose una vez espuesto á morir á puñaladas, en términos que tuvo que tomar mil precauciones para salvar la vida.

Entretanto cayó en manos de ELOISA una carta de ABELARDO, dirigida á un amigo, que contenia la historia de sus desgracias. Este escrito despertó toda la ternura de ELOISA, y ocasionó las famosas cartas que tenemos de ellos, y que pintan tan vivamente los combates de su violenta pasion.

En fin, el sin ventura ABELARDO, despues de haber experimentado mil persecuciones y reveses, y despues de haber sido hasta tratado de herege, murió en el priorato de san Marcelo á 21 de Abril de 1142, de edad de sesenta y tres años. ELOISA, luego que supo su muerte se quedó sumamente apesadumbrada, y no paró hasta alcanzar del abad que le remitiese el cadáver de ABELARDO: sobre cuyo sepulcro no cesaba de verter lágrimas noche y dia. Desde que llegó á su noticia la muerte de su amante, no se la vió ya hablar con nadie, y retirada en el cláustro, solo pensó en corresponder fielmente á los llamamientos divinos, y en reparar con penitencia y dolor sus culpas pasadas. De este modo pasó veinte y dos años observando con gran fervor las obligaciones de una religiosa verdadera, y edificando con su piedad y ejemplo á sus compañeras, hasta que el dia 17 de Mayo de 1164 espiró á los sesenta y tres años de edad como ABELARDO, con todos los auxilios que la religion ofrece en tales lances, y en los brazos de sus compañeras, dejando mandado se la enterrára en la misma sepultura donde yacia su esposo.

Los historiadores de aquellos tiempos nos han dejado escrito que al tiempo de colocar en el sepulcro de ABELARDO el cadáver de ELOISA, tendió aquel los brazos para recibirla, y que la apretó estrechamente contra su seno. Este fin tuvieron los desgraciados, quanto fieles amantes, ABELARDO y ELOISA, cuya memoria es todavia tan dulce y preciosa á las almas tiernas y sensibles.

# CARTA DE ELOISA A ABELARDO.

**E**n este silencioso y triste albergue,  
De la inocencia venerable asilo,  
Donde reina la paz sincera y justa  
En sosegado y plácido retiro,  
Y la virtud austera y penitente  
Sugeta á la razon el albedrío,  
¿Qué tempestad, qué horror tan impensado  
Vuelve á turbar el corazón tranquilo  
De esta débil muger? ¿Qué nueva llama  
Se aviva en lo interior del pecho tibio?  
¿Quién renueva mi ardor mal apagado?  
Amor, cruel amor, ¿tu fuego antiguo  
Empieza á renacer en mis entrañas  
Después de tantos años? ¿Qué delirio!  
¡Infeliz ELOISA, ya pensabas  
Haber de amor un fuego sacudido,  
Y aun amas y conservas encubierto  
De engañosa ceniza un fuego vivo!  
¡O ABELARDO! ¡ó placer! ¡ó dulce nombre!  
Estos rasgos de mi tan conocidos,  
Esta carta, estos tristes caracteres,  
Por tan preciosa mano dirigidos,  
Cien veces los he visto, y otras tantas  
A mi amorosa boca los aplico.  
Sí, ABELARDO, cien veces y otras tantas;  
¡O ABELARDO, mi bien!... pero ¿qué digo?  
Y en esta soledad tan tierno nombre  
Me atrevo á pronunciar, y aun á escribirlo?  
Perdona, Dios benigno, á tus altares,  
Inmenso Dios, me postro y sacrifico;  
Tu ley, tu ley terrible me prohíbe  
Escribir al esposo mas querido,  
Y ELOISA obedece á tu mandato...

¡Pero qué en vano á resistir me animo!  
Si el corazon me dicta las palabras,  
¿Cómo podrá la pluma resistirlo?  
¡O triste soledad! ó horror! ó claustros!  
¡Prisiones infelices del destino!  
Mármoles insensibles, piedras duras,  
Pues no os puede ablandar el dolor mio,  
Yertas cenizas, cuyas sombras frias  
Aplacamos con flores y con himnos,  
¡Quién fuera cual vosotros insensible!  
En vano desde el trono del Empireo  
Me llama todo un Dios: mi pecho cede  
De la naturaleza al yugo indigno.  
En vano invocó al Cielo en mi socorro;  
La oracion, las plegarias, los cilicios,  
Mi llanto y confusion no son bastantes  
Para aplacar la llama que respiro.  
Apenas vieron mis turbados ojos  
La carta que escribistes á tu amigo,  
En aquel mismo instante ¡O ABELARDO!  
Se renovó el dolor de mi martirio.  
Acá á mis solas te contemplo y creo,  
Y á veces me parece te miro,  
Con placentero y alhagüeno rostro,  
La sien ceñida de amoroso mirto,  
Gustoso y satisfecho, entre mis brazos  
Rendir al dios de Amor tus sacrificios;  
Otras te miro solitario y triste,  
Cubierto de cadenas y cilicios,  
Pálida la color, y el rostro hermoso  
Con ayunos y lágrimas marchito,  
En la inquietud del ignorado claustro  
Buscando en los altares el animo.  
Allí la santa religion, opuesta  
A nuestro amor, intenta desunirlo;  
Y cortando cruel con violencia  
Lazos con tanto amor tiempo unidos,



Quiere hacer de ABELARDO y ELOISA  
Dos séres olvidados de sí mismos:  
¿Y podremos, podremos sin desdoro  
Menospreciar lo mismo que quisimos?  
¿Abandonar la fé, el amor, la gloria  
Y el bien con tantas penas adquirido?  
No, ABELARDO, no puede tu ELOISA  
Vivir indiferente á su destino:  
Escribeme, formemos otros lazos;  
Yo lloraré tus males, tu los míos:  
El eco acostumbrado tantas veces  
A oír lamentos de amadores finos,  
Repetirá tus quejas y las mías.  
¿Podrán quitarnos nuestros enemigos  
Hasta el consuelo escaso de querernos?  
¿Nos privarán aun de este triste alivio?  
Mis lágrimas son mías, libremente  
Regar con ellas puedo el suelo frío.  
Mas, ah! que tú, ABELARDO, tú me dices  
Que el llanto en que me anego y aniquilo,  
Tan solamente se le debe al Cielo,  
Al Cielo que tenemos ofendido.  
Pero, ¿qué en vano intentas persuadirme!  
Todo al perderme lo perdí contigo.  
Al contemplar que para mi no vives,  
Que no te he de ver mas, que te he perdido,  
A tí solo mis lágrimas se deben,  
Por tí yo peno y lloro de continuo.  
Hazme saber tus males ó tus bienes;  
Escribeme, ABELARDO, yo lo pido.  
El arte de escribir, don de los Cielos,  
El arte encantador y seductivo  
De oír, de hablar y de tratar sin verse,  
Un comercio tan dulce y tan activo,  
Sin duda fué invencion de dos amantes:  
Él puede hacer pasar un fiel suspiro  
Del frio Boreas al opuesto Antartos,

¡Qué bien que espresa un sentimiento fino,  
En la agitada pluma de un amante  
La sincera elocuencia del cariño!  
Allí sin el rubor, que turba el alma,  
Ostenta amor su plácido dominio  
Y muestra sin rodeos ni apariencias  
Su ardiente llama el corazón sencillo.  
Nuestra unión fué legítima y sincera;  
Los hombres la acusaron de delito;  
Y el Cielo, el mismo Cielo se resiste.  
Cuando se unió tu corazón al mío,  
Cuando tu me ofreciste con el nombre  
Sagrado de amistad el amor mismo,  
Me pareció que tus hermosos ojos  
Daban un resplandor puro y activo.  
Turbada con tu vista, anonadada  
En el gustoso error de mis sentidos,  
Yo misma me buscaba los engaños  
Y preparaba á mi prisión los grillos.  
Te tuve por mi Dios, yo lo confieso;  
No tuve mas querer, mas albedrío  
Que el mover de tus labios amorosos.  
Tú me pintabas el amor benigno,  
Afable, bienhechor, tierno y humano;  
Con esto de tus labios á los míos  
La dulce persuasión se introducía  
Y el hechicero ardor de tu atractivo.  
ELOISA te amó; siguió en tu busca  
Los pasos del placer no permitidos,  
Sin tener de su Dios en aquel tiempo  
Sino la sombra de un recuerdo frío.  
Todo te lo cedí; mi honor, mi gloria  
Te rendí muy gustosa en sacrificio;  
Mi bien, mi gusto lo encontré en tí solo;  
Tú fuiste mi querer, tú mi destino.  
Mi anhelo, mi placer, mi Dios, mi todo,  
Todo, ABELARDO, lo encontré contigo.

Cuando tu mano asida con la mía,  
Quisiste unir nuestros afectos finos  
Con el terrible lazo de himeneo,  
Mi amor, mi mismo amor lo contradijo.  
«¿Qué intentas, te decía, loco amante?»  
»ABELARDO, el amor no es un delito,  
»¿Por qué pretendes, pues, esclavizarle  
»A las tiranas leyes del capricho?  
»Él nació puro, libre, independiente,  
»¿Por qué tiranizarlo y oprimirlo?  
»Únanse con los lazos de himeneo  
»Corazones mas bajos ó mas tibios:  
»Mas no los de ABELARDO y ELOISA;  
»Yo encuentro en el amor, mi bien, mi alivio:  
»Al verdadero amor nada le altera,  
»Ni tiene falsedades ni desvíos,  
»Amemos mútuamente, penetremos  
»El arte de estrecharnos y de unirnos:  
»Sepamos agradarnos, y esto basta,  
»Que amor ha de buscarse en amor mismo.  
»Imagina, ABELARDO, que un monarca,  
»Prendado en vano de mis atractivos,  
»Pone á mis pies el cetro y la corona,  
»Y que ostentado con amor rendido  
»Su poder, su opulencia y su reinado,  
»Se lo ofrece á mi amor en sacrificio;  
»Verás á tu ELOISA despreciando  
»De tanto bien el aparente brillo,  
»Posponer el amor de su ABELARDO  
»La grandeza, el honor y el reino mismo.  
»Tú, ABELARDO, lo sabes, de mi pecho  
»Solo tienes el trono y el dominio;  
»Solo tu corazon es mi riqueza,  
»La grandeza y los bienes á que aspiro,  
»Los títulos que inventa la fortuna,  
»Con solo risa y menosprecio miro  
»Jactándome de ser tu enamorada.

» Si hay un nombre mas tierno, así, mas digno,  
» Que espese mi pasión con mayor fuerza,  
» Ese será ABELARDO, el nombre mio.  
» ¡Qué dulce es el amor! ¡qué lisongero!  
» El ver corresponder un fiel cariño!  
» ¡Quién mas feliz que dos finos amantes,  
» Que en una mútua llama consumidos,  
» Un mismo pensamiento los anima?  
» En ardientes deseos confundidos?  
» Sola una voluntad sus pasos guia!  
» Por los senderos del amor benigno:  
» La risa y el placer los acompaña:  
» Siempre gozan, y siempre el apetito  
» Nuevo placer les muestra y nueva gloria:  
» Jamás su corazón se vé vacación  
» De la dulce ilusion de lo que adoran.  
» Ella preside á su placer continuo,  
» Y con seguridades mil ofrece  
» De males y disgustos el olvido.  
» ¡Dichoso aquel que ama, y mas dichoso  
» Aquel que vé su amor correspondido!  
» ¡Dichoso á quien amor nunca abandonó!  
» Que á solo amor es dado y concedido.  
» El bien de hacer felices á los hombres,  
» Sacrifiquemos el amor propicio,  
» Si buseamos el bien, que el amor solo  
» De la felicidad es el asilo.”  
Así pensaba yo, cuando enojada  
Y envidiosa del bien en que nos vimos,  
Una mano cruel y temeraria  
Profanó... pero basta... ¡qué delirio!  
De un golpe nos quitó nuestros placeres:  
Indique mi rubor lo que no digo.  
¡Dichosos si el destino que nos rige,  
Dejára alguna vez de perseguirnos!  
Pero aun otras desgracias nos aguardan,  
De un abismo corremos á otro abismo.

Acuérdate, ABELARDO, de aquel día,  
 Que ante las sacras aras ofrecidos,  
 Renunciando del mundo y de su pompa,  
 Víctimas del amor entrambos fuimos.  
 Tú mismo con dudosa y débil mano  
 Fuiste del acto el fúnebre ministro;  
 Tú me pusiste el velo consagrado:  
 Mis tristes ojos de penar rendidos  
 Bañaron con sus lágrimas en vano  
 El hábito sagrado y los cilicios;  
 Y el corazón de amor no satisfecho,  
 En otro nuevo amor quedó cautivo.  
 El Cielo mismo oyó, no sin espanto,  
 Los votos que uno á otro dirigimos:  
 Las bóvedas del Templo resonaron,  
 El Sol oscureció su hermoso brillo,  
 Y la luz que alumbraba los altares  
 Lució con un color triste y sombrío.  
 Ven, pues, lumbrera de mis tristes ojos,  
 Ven, ABELARDO, ven; el hado impío  
 No me prive también de tu presencia,  
 Que este es el bien postrero que te pido.  
 Ven, y renovaremos los placeres  
 De solos los amantes conocidos:  
 De nuestro amor cautivas nuestras almas,  
 Volverán á sus dulces extravíos.  
 Yo me abrasso de amor el vivo fuego  
 Otra vez predomina en mis sentidos;  
 Déjame recostar en tu regazo,  
 Juntar tus dulces labios á los míos,  
 Y unidos con estrecho y tierno lazo,  
 Respirar un amor y un fuego mismo.  
 ¡Qué momento! ¡te acuerdas ABELARDO?  
 ¡Qué encantos! ¡qué placeres! ¡qué deliquios!  
 ¡O ABELARDO! ¡ó placer! ¡ó qué tormento!  
 ¡Placer para ELOISA ya perdido!  
 ¡Tiempo pasado ya! Recuerdos tristes,



Que aumentan el dolor de mi martirio!  
Pero, ¿qué dices, desgraciada monja?  
No, ABELARDO, no escuches mis delirios,  
Otros placeres hay, otros contentos,  
Muéstrame tú la senda y el camino.  
Ven, sí, pero no vengas á quererme;  
Ven á enseñarme, como buen amigo,  
A postrarme á los pies de los altares,  
A dirigir mis llantos y gemidos,  
Bajo la suave ley de tu obediencia,  
Al Cielo de mis culpas ofendido.  
Ven, y piensa á lo menos que las monjas  
Que habitan este lóbrego recinto,  
Un director piadoso necesitan  
Que arregle sus diarios ejercicios,  
Ellas recogerán desde sus lábios  
La voz sagrada de su esposo amigo,  
Y bajando con dócil obediencia  
A tu suave voz el cuello berguido,  
Se harán más llevaderos con tu ejemplo  
La soledad y horror en que vivimos.  
Tú fundaste estos muros, tú volviste  
La soledad de inhabitables riscos  
En prados deliciosos, tú dictaste  
La ley sagrada y dulce en que vivimos,  
Las vírgenes humildes que las siguen,  
Sus deseos al Cielo sometidos;  
Por mi medio te ruegan que las guies  
De la santa virtud en el camino.  
Muévante, pues, sus lágrimas siquiera,  
Que yo en nombre de todas te lo pido,  
Mas, ah! ¡qué caridad tan engañosa!  
¡Qué ingenioso es el hombre en su perjuicio!  
Yo soy sola, ABELARDO, quien te llama,  
Ven, pues, de los amantes el mas fino,  
De todos los esposos el mas tierno,  
Mi padre, mi querer, mi bien, mi amigo,

Tu apasionada ELOISA no, no puede  
Ni aun seguir la virtud sino contigo.  
Los árboles frondosos que rodean  
Los muros de este fúnebre edificio,  
Cuyas cimas se pierden en los Cielos;  
El lúgubre ciprés, el pino erguido;  
El dulce murmurar entre las flores  
Del arroyuelo manso cristalino;  
La diligente abeja que recoge  
El néctar en las flores embebido;  
El susurrar del céfiro apacible  
Cuando templá el ardor del seco estío;  
La grata variedad, la hermosa vista  
De estos bosques amenos y floridos,  
Nada templá mi amor ni mi tormento,  
Porque el funesto y triste dolor mio  
Corrompe con su lóbrega influencia  
La grata amenidad de aqueste sitio.  
Agóstase la fresca y verde yerba  
Al soplo abrasador de mis suspiros,  
Y la pálida flor se troncha y cae  
Agoviando su vástago marchito.  
El céfiro no es blando ni apacible,  
Y en vez de dulces y acordados trinos,  
Cánticos solo de tristeza y llanto  
Entonan los pintados pajaritos.  
Tal es este lugar, donde cautiva  
Triste y ausente de mi amante vivo:  
Solo soy inocente y virtuosa,  
Cuando la ausencia de mi amante olvido;  
Y al contemplar de mi virtud la causa,  
Cien veces me arrepiento y la maldigo.  
¿Yo sugetar mi amor? ¿yo poner freno  
A la encendida llama que respiro?  
Y ¿podrá hacer esfuerzo tan terrible  
Un corazon tan débil como el mio?  
Ah! que antes que el pacífico reposo

Vuelva en mi corazón á hallar asilo,  
¡Qué número de angustias que me esperan,  
Esperanzas, temores y desvíos!  
Yo podré amar, sentir, arrepentirme,  
Querer y no querer á un tiempo mismo.  
Y ¿qué no podré hacer? Lo podré todo;  
Menos aborrecer lo que he querido.  
¡O funesto accidente! ¡O duro yugo  
Que turbas la quietud de mi retiro!  
¿Quién eres, ELOISA? ¿No conoces  
El deber que te impone tu destino?  
Entre un Dios y un amante colocada,  
¿Ha de ser el amante preferido?  
Oye, pues, ó gran Dios mis oraciones,  
Libreme tu poder de un enemigo,  
A quien mi pecho resistir no puede;  
Y cuando invoco tu poder invicto,  
Mas que el exceso de mi ardiente pecho,  
Temo el efecto ¡ó Dios! de tus auxilios.  
¡O amables y sencillas compañeras,  
Qué la santa virtud unió conmigo!  
Inocentes y cándidas palomas,  
Que en el claustro esparcis vuestros gemidos;  
En vuestro pecho, solo en vuestro pecho  
La robusta virtud triunfa del vicio,  
Y vuestra vida austera y penitente  
Destierra el fuego del amor lascivo:  
Solo le dais á Dios el amor casto  
De vuestro corazón puro y sencillo.  
¡O como sois felices! insensibles  
Al fuego puro del amor indigno,  
Serenos días y tranquilas noches  
Pasais en sosegados ejercicios,  
Y no perturba vuestra quieta calma  
De la pasión el imperioso grito.  
¡O sosegada y apacible vida,  
Con cuántas veras y dolor la envidio!

A despertar de la rosada aurora,  
Mi corazon se abrasa en fuego vivo;  
Traspone el claro Sol los altos montes,  
Y no calma el rigor de mi martirio;  
Y el tranquilo silencio de la noche  
Aviva mas y mas su ardor maligno.  
Cuando me ocupa el sosegado sueño,  
Me duermo en el regazo de Cupido;  
Él con hermosas y ligeras álas  
Acaricia mi pecho adormecido,  
Y él me recuerda las pasadas noches,  
; Memoria de mis gustos ya perdidos!  
Preséntaseme en sueños ABELARDO,  
Oigo su voz, le veo, y me imagino  
Volver á recibir el placer tierno  
Que lisongero amor lleva consigo.  
El pecho en nuevas llamas abrasado,  
Renueva mil ternezas y cariños;  
Le abrazo, y en mis venas agitadas  
La agradable ilusion hace su oficio.  
Mas, ah! que cuanto mas me lisongea  
Este gusto engañoso, este delirio,  
Despierto, y corre la razon el velo  
A mi placer soñado y fugitivo.  
; Dichoso tú, ABELARDO, en el estado  
A que la sin razon te ha reducido!  
Tu sangre; semejante al agua clara,  
Que lleva un manso y sosegado rio,  
Sin fuego y aun calor corre en tus venas.  
Y con el nuevo hielo endurecido,  
No tiene ya como antes en tu pecho,  
Amor su régio trono, ni dominio.  
Ven, pues, caro ABELARDO, ¿por qué temes,  
Si ya en tí el dios de Amor no encuentra abrigo?  
¿Podrá ELOISA parecerte hermosa?  
¿Podrá hacer revivir tu amor antiguo?  
Mi corazon sensible ya conoce

Que no puede en el tuyo hallar asilo;  
Y como la funesta y triste antorcha,  
Que alumbra en vano los sepuleros frios,  
Sin calentar las pálidas cenizas,  
Así la llama ardiente que respiro,  
Se alimenta en mi solo y triste pecho  
De amor que no ha de ser correspondido.  
ELOISA te adora, y tú no puedes  
Compensar con el tuyo su cariño.  
¿Y piensas que por eso he de olvidarte?  
No, ABELARDO, no puedo; los cilicios,  
Las duras leyes que detesto en vano,  
La dura austeridad y su retiro  
No te pueden borrar de mi memoria.  
Mi corazón en llanto sumergido,  
Llorando implora á Dios y su clemencia,  
La augusta magestad del triste sitio,  
La presencia de un Dios, las sombras frías  
De cadáveres yertos y podridos,  
No pueden distraer mi fantasía;  
Solo tu imagen veo, solo miro  
La ilusion agradable de ABELARDO.  
Cuando se entonan los sagrados himnos,  
Ante el augusto altar del Dios supremo,  
Solo tu voz resuena en mis oídos:  
Tomo en mi mano el trémulo incensario,  
Que eleva el humo denso hácia el Empireo,  
Y entre la espesa nube que se forma,  
Que estás allí, ABELARDO, me imagino:  
Tiendo en vano los brazos, no te encuentro,  
Y mi deseo y turbacion maldigo.  
El Templo y sus sagradas ceremonias,  
La pompa de los dias mas festivos,  
Nada puede fijar mis atenciones.  
Póstranse los espíritus divinos  
Ante el altar de Dios, cuando se ofrece  
Su augusto y adorable sacrificio:



En medio de los cánticos sagrados,  
Cuando solo se escuchan los suspiros,  
De alguna alma contrita y humillada,  
Y de santo temor sobrecogido  
El sacerdote ofrece el holocausto,  
Mi corazon cobarde y fementido  
Solo á ABELARDO invoca; nada puede  
Apagar este ardor ni resistirlo.  
Pero ¿donde me arrastra mi locura?  
¿Desgraciada de mi! ¿Qué es lo que digo?  
Huye de aquí, cruel, huye ABELARDO,  
Que ya se acercó el plazo prevenido,  
El aliento me falta... el tierno pecho  
Conoce ya su próximo esterminio.  
Déjame ya estos instantes á lo menos,  
Aléjate á pais desconocido:  
Habitemos los límites ópuestos  
En que el gran mundo se halla dividido:  
Divida nuestro amor el mar inmenso,  
Si basta el mar inmenso á dividirlo.  
Cuando mi alma á Dios ya convertida  
Se arranque con el último suspiro,  
Temo encontrar tus pasos señalados,  
Que turbando mi paz y mis designios,  
Me recuerden las cosas ya pasadas,  
Y renueven mi amor mal estinguido.  
Adios, placeres míos, adios gustos,  
Tan grátos otro tiempo, tan queridos:  
Adios, errores que en mi tierno pecho  
Pintó tan dulces el amor lascivo:  
Acaben ya el placer y las delicias,  
Apáguese de amor el fuego activo,  
Y su funesta y encendida llama,  
No se alimente ya en mi pecho frio.  
Mi corazon á Dios se vuelve al cabo,  
Pues de todo al dejarte me despido.  
Pero ¿qué triste voz que me intimida,

Y turba el corazon despavorido?  
Será... sí, ya es la hora de mi muerte,  
Ya se me acerca el término prescrito.  
Una noche velaba arrodillada  
Sobre la losa de un sepulcro frio;  
La moribunda luz ardía á pausas  
Con esplendor muy pálido y sombrío,  
Y apenas consumida ya la mecha,  
Dió al apagarse el último estallido,  
Cuando de una vecina sepultura  
Llegó esta triste voz á mis oídos.  
"Detente, cara hermana, no te turbes:  
» Yo fui lo que eres hoy, nuestro destino,  
» Que unió nuestros deseos en la vida,  
» Tambien despues de muertos quiere unirnos.  
» Yo viví como tú; mi débil pecho,  
» De una pasion violenta poseido,  
» Se abrasó con inciertas esperanzas,  
» Que echó por tierra mi cruel destino.  
» En la profundidad de estos sepulcros,  
» En silencio jamás interrumpido,  
» Se anonada el amor; la dura suerte  
» Sumerge en largo y duradero olvido  
» Sus gustos y placeres engañosos.  
» Él siempre vencedor, nunca vencido;  
» El orgulloso amor cede á la muerte,  
» A su guadaña pálida rendido.  
» Muere, pues, mas no temas á la muerte;  
» No temas tal que llaman vengativo,  
» Que es un Dios de piedad á quien le mueve  
» Las lágrimas de un pecho enternecido."  
O Dios! si esto es así, si sois tan bueno,  
Si mis pasadas culpas y delitos  
Se borran con el llanto de mi muerte,  
Venga luego el momento apetecido.  
;O gracia luminosa! don del Cielo,  
Virtud que nos prometes bienes fijos,

No sugetos á tiempo ni mudanza,  
Acaba de una vez, córtese el hilo  
A mis cansados dias, y mi alma  
Traslada á las moradas del Empíreo.  
Yo me muero, ABELARDO: vén, no tardes,  
Ven á cerrar mis ojos oprimidos  
Con el pesado sueño de la muerte:  
Ven y recoge el último suspiro  
Con el postrer aliento de mi vida,  
Y tú, cuando el destino mas tardío  
Ponga fin á la tuya, cuando el tiempo  
Marchite los preciosos atractivos,  
Que tanta pena y lágrimas me cuestan,  
Haz que se junte en un sepulcro mismo  
Tu ya helada ceniza con la mia,  
El mismo amor sobre su mármol frio  
Grabará por su mano el epitafio,  
Que por sí algun curioso peregrino  
Se llega mas de cerca á contemplarlo;  
Dirá: *Aquí yacen dos amantes finos:*  
*Amor causó su mal y su desgracia;*  
*Guárdate, caminante, de seguirlos.*

FIN DE LA CARTA DE ELOISA.

## CARTA DE ABELARDO A ELOISA.

¿Quién pudiera pensar que en tantos años  
De penitente y retirada vida,  
Tanta oracion, ayunos, penitencias;  
Después de tantas lágrimas vertidas,  
Cuando ya el cano hielo de los años  
Va arrugando la tez de mis megillas,  
El fuego del amor no se estinguiera?  
Yo tambien algun dia lo creia;

Mas, ¡cómo me engañaba! de esta calma,  
De esta serenidad pura y tranquila,  
Que solo cabe en un corazon casto.  
¡Cuán distantes estamos, ELOISA!  
Júzgalo por tí misma: aquesta carta  
Con tanto ardor y tal pasión escrita,  
Una espresion tan tierna y elocuente,  
Amor llevó la pluma al escribirla:  
Solo amor es capaz de tanto fuego,  
Amor dictó las espresiones vivas,  
Bastantes á avivar la llama oculta  
Que en mi ya tibio pecho se escondia.  
No hay remedio; esta llama abrasadora,  
Cuando en un débil corazon se abriga,  
Si númen superior no la combate,  
Si de nuestras miserias condolida  
La potencia de un Dios no la destruye,  
En vano intenta el hombre resistirla.  
Yo lo sé por mi mal: no habrá recurso  
De cuantos la razón persuade y dicta,  
Que contra amor no llamé en mi socorro:  
Cilicios, oraciones, disciplinas,  
Nada basta; su fuego irresistible  
Es de naturaleza tan maligna,  
Que cuantos mas obstáculos le pongo,  
Mas con la oposicion crece y se aviva.  
Oh! si pudiera yo significarte,  
Con qué dolor me oprime y martiriza  
La memoria fatal de aquellos tiempos,  
De aquellas horas por mi mal perdidas,  
En que un amor contento y satisfecho  
A la felicidad nos conducia!  
¡Engañoso camino, senda errada,  
Amena en los principios y florida;  
Despues, cuando el fin se vá acercando,  
Sembrada de malezas y de espinas!  
Las flores que hermoscan la ribera

Mil gradaciones de color varían:  
Allí una fresca y encarnada rosa  
Sus olores suavísimos respira:  
Mas allá un tornasol enamorado  
A los rayos del Sol su faz inclina:  
Una vana azucena en otra parte  
Ostenta su bizarra lozanía,  
Nada de esto es hermoso y agradable,  
Eslama mi pasión enfurecida;  
Mas bella es ELOISA, mas hermosa:  
Mas puro es el color de sus mejillas  
Que la derecha y cándida azucena.  
El mismo Sol que las influye y cria,  
Si con sus bellos ojos se compara,  
Menos hermoso y mas oscuro brilla;  
Una calle formada de arrayanes  
Me lleva á una distante casería,  
Término regular de mi paseo:  
La simple risa y el placer la habitan,  
Una agraciada y tímida aldeana  
Gobierna cuidadosa la familia:  
Los pequeñitos hijos la rodean;  
Uno con inocente y dulce risa  
Pide á su madre pan, otro la alhaga,  
Otro sube la trémula rodilla  
Del cariñoso padre, ella gozosa,  
Y en inocentes gustos sumergida,  
Reparte á todos con igual cariño  
Sus maternales besos y caricias.  
¡Oh, qué escena tan triste y tan funesta!  
¡Qué terribles imágenes excitan  
En una alma de amor toda ocupada!  
¡O amado objeto de dolor y envidia!  
¡Quién fuera cual vosotros! ¡quién pudiera  
Estrechado en los brazos de ELOISA  
Con el perpétuo indisoluble lazo,  
Multiplicar el sér que nos anima!



¡Qué bien habrá que pueda compararse  
Con la posesion dulce y tranquila  
De un objeto tan tierno y tan querido!  
Cuanto producen las remotas Indias  
Por un solo momento de este estado,  
¡Cuán despreciable y bajo me sería!  
¡Con cuánto gusto fuera ganadero!  
Con el calor por la floresta umbría  
Cantando llevaría los ganados;  
Y cuando por la tarde el Sol declina,  
De la dura labranza fatigado,  
Los perezosos bueyes guiaría.  
En el umbral de nuestra triste choza,  
Ya con la cena preparada y limpia,  
Culpándome por tardo y negligente,  
Solicita ELOISA esperaría.  
El sencillo querer, la paz hermosa,  
Las voluntades tiernamente unidas,  
El mútuo suspirar, el amor fino,  
Dieran gusto y sazón á las comidas.  
Y cuando la callada y triste noche  
Cubre de oscuro luto las campiñas,  
En el seno inocente de mi esposa  
La risa y el placer me cercarian.  
Pero, ¡ó vanas ideas! ¡ó ilusiones!  
¡O esperanzas, que no he de ver cumplidas!  
Idos lejos de mí... Ya se acabaron  
El placer, los contentos, las delicias,  
Los gustos que otro tiempo me sobraban:  
Ya nada soy... Con la venganza indigna  
Que tomaron de mí mis enemigos,  
Solo me aguarda el llanto y la ignominia.  
Con esto me levanto despechado,  
Sin aguardar la simple despedida  
De la cortés y tímida aldeana,  
Que de mi turbacion sobrecogida,  
Lo que es humillacion y abatimiento,

Atribuye á virtud con fé sencilla,  
Otras veces absorto en mis ideas,  
Sin senda que me guie y me dirija,  
Me subo á lo mas alto de una peña:  
De allí descubre la ambiciosa vista  
Una llanura inmensa en que á lo lejos  
Se vé un camino que á mi patria guia,  
La memoria confusa y agitada  
Me acuerda mil imágenes antiguas,  
Dormidas algun tiempo; un montecillo  
Le oculta con lo erguido de su cima  
La morada feliz donde crecieron  
Los inocentes años de ELOISA,  
Aquél es el parage, aquel el sitio,  
Aquél el blando lecho en que yacia  
Cuando la vez primera mis ternuras  
Rindió humillada su esquivéz altiva,  
Allí en vez de las sùtiles lecciones  
De una sábia y veráz filosofía,  
Con instruir su corazon honesto,  
Las tiernas y amorosas elegías,  
Que amor dictaba al elocuente Ovidio,  
Su engañoso maestro la esponía.  
¡Con qué imaginacion, con cuánto fuego  
Al leer los suspiros de Corina,  
Sus ardientes conceptos espresaba!  
El amor y las gracias atractivas  
En su risueña boca se sentaban,  
Y mientras tanto oculta y sin sentirla  
La llama del amor mas abrasado  
En su inocente corazon ardía,  
¡O cuántas veces el rubor sencillo,  
Que asomó en sus mejillas encendidas,  
Daba en su rostro indicios manifiestos  
Del afecto interior que producía!  
¡Cuántas veces atónita y turbada,  
Con suspiros, la voz interrumpida,  
Trémula y agitada, no acertaba

Ni aun á explicar la idea concebida!  
Yo te enseñé á querer, yo fui el maestro  
De la engañosa y pérfida doctrina  
Que corrompió tu cándida inocencia.  
Yo en vez de la pureza y alegría,  
Que en tu sincero pecho se albergaba,  
Sembré el error, la pena y la perfidia.  
Yo te conduje al cláustro solitario,  
Donde una voluntad no persuadida,  
Hizo á Dios el tremendo sacrificio  
Del resto miserable de sus dias;  
Un hábito funesto, un triste velo  
Cubre el verdor, la gala y bizzarria  
Del cuerpo mas hermoso y agraciado.  
Los bellos ojos, cuya voz solia  
Causar envidia á tantas hermosuras,  
Hoy en la tierra con dolor se fijan.  
¿Qué hará mi dulce bien en este instante?  
Absorta en su dolor y confundida  
¿Se habrá olvidado ya de su ABELARDO?  
No, no es posible; su voluntad fina  
No es capaz de olvidar mientras el alma  
Unida al cuerpo permanezca y viva.  
Y aun mas allá, cuando la dura muerte  
Nuestro funesto ardor corte y divida,  
En lo interior de los sepuleros frios  
Arderán nuestras pálidas cenizas.  
No hay hora ni momento en que esta idea  
No me atormente y sin cesar me aflija,  
Ni objeto en que el amor no se me ofrezca.  
Voy al coro, y allí la fantasía,  
Me representa el coro en que humillada  
En tu dolor absorta y confundida,  
Con lágrimas amargas y abundantes  
Lloras á Dios tus culpas y las mias.  
Salgo á recreacion, y me paseo  
Por la fuente y verde praderia,  
Y allí amor disfrazado en bellas formas,

Cual sierpe entre las flores escondida,  
En cada nuevo paso que voy dando,  
Nuevo placer y nuevo ardor me inspira.  
La verde yerba que corona el prado,  
Las flores que le adornan y matizan,  
El arrayan á Venus consagrado,  
La vid silvestre al olmo entretegida,  
El acordado son que van formando  
Las hojas con el viento sacudidas,  
El trinar de las aves, el murmullo  
De la risueña y clara fuentequilla,  
Todo inspira un placer voluptuoso,  
Todo al placer parece que convida.  
Corre un arroyo sosegado y manso,  
Que lleva su corriente dirigida  
Al solitario albergue, donde tiene  
Su triste habitacion mi dulce amiga.  
Tú eres feliz, esclamo al contemplarle:  
Tú bañas el convento donde habita  
La causadora de mis tristes males,  
Tú riegas las trepadas clavelinas  
Que ella cultiva con su mano hermosa.  
Tal vez en tu corriente cristalina,  
Al declinar de la abrasada tarde,  
Buscará la frescura apetecida:  
Tú sabrás sus secretos mas ocultos;  
Tal vez sentada en frondosa orilla,  
Sus ojos fijos en la seca arena,  
En actitud confusa y pensativa  
Destilarán copioso y triste llanto,  
Y tal vez sin pensarlo confundidas  
Se mezclarán en tu corriente clara  
Sus lágrimas amargas con las mias.  
Confuso en estas tristes reflexiones,  
Se me pasan las horas sin sentir las,  
Y á mas andar la noche vá viniendo,  
El Sol alumbra los opuestos climas;  
Los astros que iluminan en su ausencia,

Con magestad parece que caminan,  
Y no abandonan su inmutable asiento.  
La Luna á nuestro globo mas vecina,  
Del Sol que la ilumina frente á frente,  
Su luz refleja y triste nos envia.  
Entonces sí que en un corazon débil  
Egerce la imperiosa tiranía  
El duro amor de su orgulloso mando,  
Y al mas ligero impulso conmovida  
Con el quieto silencio de la noche  
Cede la relajada y débil fibrà.  
Entonces á su mal toda entregada  
La triste y affligida fantasía  
Separada del resto de los séres,  
Solo ve los objetos en sí misma.  
Por la noche suspira el triste amante  
A quien la cama blanda y bien mullida  
No basta á conciliar el dulce sueño;  
Que de sus ojos huye y se retira.  
Los importunos celos le rodean:  
De su fineza mal correspondida  
La triste imágen sin cesar le inquieta,  
Y entre el dolor y el llanto repartida,  
Mil años y aun mil siglos le parecen  
Las horas perezosas y tardías.  
Otro amante feliz al mismo tiempo  
Maldice de la aurora la venida,  
Porque á su amor contento y satisfecho  
La noche con su sombra patrocina.  
Yo tambien por la noche doy de rienda  
A mi imaginación enardecida,  
Busco en mil ejemplos que acumulo,  
Disculpa á la pasión que me domina.  
Todos los hombres aman: el salvaje,  
Que vive sin cultura policía,  
Ama á su dulce y cara compañera.  
El tostado africano, el fiero escita,  
Y aun los irracionales tambien llaman:



Ama el pez en su estancia húmeda y fría,  
Y por el aire en acordados trinos  
Cantan su amor las tiernas avecillas,  
Sigue el león á la leona fiera:  
El ciervo á la ligera cervatilla,  
Detras de la becerra brama el toro,  
Y en los espesos árboles metida  
Lamenta y gime con suspiros tiernos  
Su triste amor la viuda tortolilla,  
Así cuando percibe desde lejos  
El olor de la yegua apetecida  
Desbocado el caballo generoso  
Con inquieto furor brama y relincha,  
Y no hay freno que baste á sugetarle.  
El elefante y la pequeña hormiga,  
El sencillo cordero, el lobo hambriento,  
El sapo tardo y la ligera ardilla,  
El insecto á la vista imperceptible,  
Y la ballena enorme que domina  
Con su estension los dilatados mares,  
Todos sienten de amor la llama activa,  
Amor de la sagáz naturaleza  
Las varias producciones vivifica:  
Él reproduce en los amenos prados  
Las flores apagadas y marchitas,  
Y de las plantas útiles al hombre  
Los dulces frutos sazonados cria;  
Él estiende á los uséres mas remotos  
Su dilatada y vasta monarquía:  
Por él baja la piedra hácia su centro,  
Por él las aguas hácia el mar caminan:  
Él hace generoso al avariento,  
Y al mas cobarde influye valentía,  
Que en busca del objeto que le arrastra  
A peligro mayor se determina,  
Por él el atrevido y ciego amante  
Sin respetar del ronco mar las iras,  
A nado le atraviesa por la noche,

Sin temor ni respeto que le impida,  
Cuantos mas riesgos, mas inconvenientes,  
Mas el amor lo allana y facilita,  
Amor ablanda el corazon mas duro  
Y al hombre mas feroz rinde y mitiga;  
Por amor llora el héroe mas valiente,  
Por él la madre tierna y compasiva  
Estrecha en su regazo el fruto adulto  
De sus pasados gustos y alegrías.  
Por él el viejo consumido y cano,  
Que vecino al sepulcro ya se mira,  
Vé en sus robustos hijos el apoyo  
De los cansados años de su vida.  
De amor es cuanto vive, cuanto siente  
Por la virtud de amor siente y respira;  
Amor es todo, sin amor no hay nada;  
Todo al imperio del amor se humilla;  
Si amor es, pues, tan fuerte, si en el mundo  
De su activo poder nadie se libra,  
Si todo se le humilla y se le rinde,  
¿Seré el único yo que le resista?  
Tales son mis continuos pensamientos;  
Estas son las ideas que me agitan,  
Y esta furia, esta llama, esta locura  
No hay esfuerzo que baste á reprimirla.  
Póngome en oracion, y perturbado  
Solo á ELOISA mi pasion medita;  
Recojo mi atencion á la lectura,  
Y en cada pensamiento, en cada línea  
La historia de mi amor se me presenta,  
Hasta que fatigada ya y rendida  
Con la continua agitacion el alma,  
Los párpados al sueño ya se inclinan.  
Tambien allí ELOISA me persigue;  
Mil imágenes tiernas y lascivas  
En que astuto el amor se me disfraza,  
Vuelan en rededor de la tarima,  
Donde descansa el fatigado cuerpo;

Y cuando ya entre el sueño y la fatiga  
Batallando la máquina suspensa  
Ni bien despierta está, ni bien dormida,  
Oigo el reloj... las doce... y á mañines  
Trémula la campana nos avisa.  
Vístome y voy al coro apresurado;  
La senda que á la iglesia me encamina  
Pasa por el vecino cementerio,  
Y la imaginacion despavorida  
Con la terrible imagen de la muerte,  
El turbado cabello se me eriza.  
Todo infunde un silencio pavoroso;  
Las copas lentamente conmovidas  
De los cipreses fúnebres, redoblan  
El funesto temor que me intimida.  
El importuno cáraho no cesa  
Su lamentable y triste gritería:  
La rana en el arroyo cenagoso  
Redobla su querella repetida,  
Y desde lo mas alto de la torre,  
Melancólico el buho ahulla y silva.  
De los tristes objetos que me cercan,  
El temor las imágenes duplica,  
La planta temerosa y vacilante  
Pisa con miedo las cenizas frias  
De tantos compañeros que en el claústro  
Unió un destino y una suerte misma.  
Allí descansa el virtuoso Erasto;  
Su proceder, su fé sincera y viva;  
Con el retiro austero y penitente,  
Venció la llama del amor maligna,  
Y en su serena y arrugada frente,  
Calma y tranquilidad llevaba escrita.  
Aquellos son los huesos de Filandro,  
Del tierno y fiel amigo á quien solia  
En otro tiempo el mísero ABELARDO  
Comunicar sus bienes y sus dichas,  
¡Cuántas veces sus útiles consejos,

Cuando un amor cruel me consumía,  
Por un breve momento le atajaron!  
Una amistad sincera nos unía,  
¡Ya murió! ¡Ya no existe!... Mi desgracia  
Hasta de este consuelo infiel me priva.  
Yo también moriré, también la muerte  
Cortará el hilo á mis amargos días,  
Con tanta pena y lágrimas pasados.  
Cuando una suerte adversa y enemiga  
Persigue al hombre desgraciado y triste,  
Que solo aguarda penas y fatigas,  
La muerte es su recurso; en ella sola  
Vé el término feliz de sus desdichas.  
Mas, ¿dónde voy arrebatado y ciego?  
¿Podrá darte á entender la pena mía,  
Por mucho que se empeñe en explicarlo,  
La série de mis males infinita?  
No, ELOISA, no puede. Adios, bien mio:  
Otras plumas mas tiernas y espresivas  
Pintarán los objetos de esta llama,  
Que no se acabarán aun con la vida,  
Los venideros siglos mas remotos,  
Los pueblos mas distantes y provincias.  
Conservarán de nuestro amor la historia  
En mármoles y bronces esculpida.  
Servirá de egercicio á los ingenios:  
Ninguna alma sensible al referirla  
Dejará de verter lágrimas tiernas.  
Y en tanto que la dulce poesía  
Tenga lustre y honor mientras se aprecie  
La sensibilidad dulce y benigna,  
Y á la activa pasion que nos oprime  
La especie humana se sugete y rinda,  
Será eterno y durable entre los hombres  
El amor de ABELARDO y ELOISA.

FIN DE LA CARTA DE ABELARDO.